

## La mujer en la literatura o literatura y feminismo

---

León David

---

Permítanme comenzar sin que la vergüenza ruborice mi rostro colocándome la venda antes de la herida. No quisiera que estas palabras mías despertasen expectativas demasiado entusiastas a las que luego me resultaría imposible responder. Mi intención es, en verdad, modesta. No me propongo desarrollar de manera cabal y sistemática una tesis en torno al asunto cuyo título acaban de escuchar. No es, todos ustedes lo saben, mi estilo... ¿Cuál es, pues, el objetivo que persigo?... Lanzar al aire algunas reflexiones que llegan a mi mente de manera desordenada y antojadiza al modo de las ráfagas de viento, pero que constituyen sin duda el testimonio de una preocupación muy honda que desde hace algún tiempo ha logrado conquistar más y más terreno en la variada comarca de mis intereses personales... Entonces, si el orden de la exposición se resiente, si me contradigo, si retomo lo ya explicado y dejo ostensibles vacíos en el análisis atribúyanlo al método escogido o, si se quiere, a la falta de método que para bien o para mal me caracteriza. Lo que de ningún modo significa que le hurte el bulto a la responsabilidad que como autor me toca respecto a lo que digo y a lo que he decidido callar. No. Lo único que deseo es aclarar, con el

fin de evitar malos entendidos, que lo que voy a desarrollar aquí no es una formal teorización en torno a la literatura y a la mujer, sino un fragmentario "collage" de ideas cuya real trascendencia ignoro, pero que se empeñan tenazmente en asomar a mi espíritu amenazando con no dejarme tranquilo a menos que las exponga frente a ustedes.

Por otra parte, si mis barbas no bastaran para convencer al escéptico, señalaría que yo no soy una mujer. De manera que al abordar el tema que me ocupa lo hago al modo del curioso forastero que tiene la mala costumbre de meter las narices donde nadie le ha llamado. Mas como no puedo evitar pertenecer al desdichado género masculino agresivo y explotador, me resignaré a que estas reflexiones sean en principio consideradas sospechosas de llevar en su seno una tenebrosa carga de machismo y falsificación ideológica. Es el precio que deberé pagar por ser hombre en una sociedad que me concede privilegios que niega a la mujer y en un tiempo en que tales privilegios han dejado de ser indiscutibles derechos adquiridos fruto de una implacable ley que la naturaleza tuviera el extraño antojo de crear.

Ahora bien, he venido a hablarles aquí, más en tono de conversación que de análisis, sobre un tema que consta de dos aspectos: La mujer y la literatura. Y quizás la mayoría de ustedes sea de la opinión que el tema en cuestión está claramente precisado no necesitando mayores explicaciones... Permítanme, sin embargo, poner en tela de juicio tal criterio. Partidario acérrimo de la duda socrática supondré, con razón o sin ella, que ni ustedes ni yo sabemos realmente qué es la mujer ni qué es la literatura.

La mujer se me ha presentado siempre como un ser que fascina, complicado, inquietante y, sobre todo, misterioso; para no hacerle injuria no cometeré la imprudencia de definirla

aunque todo este escrito no tenga otra finalidad que la de encontrar alguna pista que me permita penetrar en los recónditos parajes de su intimidad sin quedar atrapado entre sus muros. En cuanto a la literatura, aunque como autor de varias obras y profesor de letras de la Universidad debería conocer en qué consiste, me veo en la obligación de confesar que, más allá de la usual formulación académica que recoge el diccionario, no me siento capaz de expresar en torno a su naturaleza ninguna idea valiosa ni original. La literatura sigue siendo para mí una gran incógnita. Y como cualquiera podrá darse cuenta, si juntamos dos incógnitas en lugar de obtener una respuesta lo que vamos a conseguir es complicar el problema acrecentando la incertidumbre con una nueva interrogación. Tal es la situación del tema que me ocupa... Tratemos entonces de limitarlo para que de manera un tanto empírica abordemos el asunto sin demasiado riesgo de equívocos y ambivalencias.

Cuando pretendo hablar de la mujer en la literatura ¿están ustedes entendiendo lo mismo que yo? No estaría dispuesto a poner mi mano en el fuego apostando a que es así. Porque, a fin de cuenta, ¿qué significa un título como ese? ¿Voy acaso a referirme a una literatura cuyo contenido sea la mujer? ¿O tal vez a escritos realizados por manos femeninas? ¿O quizás a textos dirigidos a un público de faldas sobre cuestiones que se supone interesan a quienes llevan esa indumentaria? Definitivamente no. No es mi intención comentar aquí tratados culinarios, enciclopedias del hogar, textos de costura y bordado ni artículos que suelen aparecer en revistas como *Vanidades* y *Cosmopolitan*. No porque crea que no vale la pena hacer un análisis de semejantes productos editoriales (lo contrario es lo cierto) sino porque lo que me interesa en esta ocasión es reflexionar en torno al feminismo relacionándolo con su manifestación artística en los distintos géneros de la expresión literaria.

Y acabo de pronunciar la palabra terrible: feminismo. Como ninguno de ustedes desconocerá, la cuestión feminista está lejos de ser un simple problema teórico, aséptico y neutral sobre el que se pueda debatir científicamente sin que nos contagien profundas emociones que tienden a distorsionar el razonamiento objetivo. Nuestros deseos, nuestros aborrecimientos, la mayor parte de las veces motivados en el inconsciente, nos llevan a involucrarnos de manera personal y polémica en el asunto. Porque el feminismo resulta ser antes que un intento de esclarecimiento conceptual en torno a la problemática de la mujer, la respuesta política e ideológica a un candente conflicto social de raíces casi inmemoriales. Y donde quiera que el debate trasciende los seguros linderos de la metodología experimental de investigación, la falsificación ideológica, la interpretación interesada de los hechos tienden a suplantar la racional sistematicidad de la ciencia. Pero esto es inevitable. Lamentándolo no resolveremos nada. Me resignaré pues, por más que haga acopio de prudencia, a irritar susceptibilidades y a recibir, en consecuencia, los dardos de quienes puedan considerarse injustamente tratados por mi desenfadada retórica...

Literatura y feminismo.. Bien. Pero ¿qué entiendo yo por feminismo? El movimiento feminista está lejos de ser algo unitario o monolítico. En él se dan la mano o a veces se agreden con las uñas todos los matices, todas las tendencias, desde el extremoso radicalismo político a un pragmático reivindicacionismo legalista. Sin embargo, creo que por debajo de las evidentes discrepancias teóricas y programáticas podemos encontrar un común denominador entre quienes se proclaman feministas: el postulado de que la mujer no tiene en la sociedad el puesto que le corresponde, de que ha sido injustamente subordinada a los intereses del hombre, que es el que detenta el poder, y que es preciso cambiar esa situación a través de una militancia más o menos belicosa en contra de quien así le oprime... Hay, pues, en las feministas una consciente toma de



posición, un "parti pris" que las lleva a asumir su condición de mujer como bandera de lucha en la medida en que sienten que están siendo discriminadas, humilladas, en su dignidad de seres humanos por el simple hecho de pertenecer a un sexo tradicionalmente sometido. Este rebelarse frente a lo que es considerado como arbitrariedad sin fundamento constituye, a juicio mío, la característica esencial del feminismo. La modernidad, la generalización del sistema educacional, los requerimientos de mano de obra de la industria y el sector terciario, la uniformización de los gustos y estandarización de los modos de vida al que el progreso científico y tecnológico nos ha conducido han ido cerrando más y más la brecha que antes separaba de manera evidente al hombre de la mujer. Concomitantemente las exigencias de las mujeres han ido en aumento. Al hacerse más independientes, más seguras, más creativas, al explorar nuevos espacios y tener la posibilidad de otear nuevos horizontes muchas mujeres han descubierto que teniendo las mismas capacidades de los hombres no son tratadas por la sociedad que el sexo masculino gobierna en igualdad de condiciones. Así las cosas, nada de rato tiene que el feminismo aparezca como síntoma de los nuevos tiempos y como testimonio de la crisis de un sistema patriarcal tradicional que no se resigna a perecer.

Entonces, recapitulando, cuando toco el tema de la mujer en la literatura a lo que me quiero referir es a la visión feminista de la vida expresada en obras literarias de calidad estética incuestionable.. Por fin parece que luego de interminables meandros nos hemos aferrado a algo sólido. Y, en efecto, si un entusiasmo precipitado no me lleva a desbarrar creo que ya hemos logrado precisar en tan compleja materia al aspecto que nos incumbe debatir. No es, lo admito con regocijo, un pequeño logro. Sin embargo, he de recurrir nuevamente a la benevolencia del oyente, primero para advertirle que no pienso en esta ocasión referirme a textos concretos de autoras feministas; no

intentaré por ahora hacer crítica literaria o ideológica; sino simplemente poner de relieve el papel que puede cumplir la literatura como instrumento al servicio de la lucha que libran las mujeres. En segundo lugar, he de apelar a la paciencia y generosidad de quienes me escuchan, porque dejando el razonamiento en este punto me propongo esbozar una digresión en torno al problema de lo masculino y lo femenino. Para ello retomaré a mi cuenta y riesgo la cosmovisión oriental taoísta de la vida aplicada a la situación particular sobre la que estamos discutiendo. He de señalar, empero, que lo que a continuación expondré no constituye una teoría en el sentido científico del término sino un postulado metafísico, un axioma, una creencia, algo que resulta para mí evidente aunque no tengo forma alguna de probar su veracidad. Así que nadie se tome la molestia de refutarme en vista de que nada pretendo demostrar.

¿Qué nos dice Lao-Tse? o mejor ¿cómo lo interpreto? El universo y la vida son el resultado de una diferenciación energética. Es esta diferenciación la que produce el movimiento, el cambio y la que se manifiesta bajo la apariencia de la multiplicidad infinita de las cosas. Sin embargo, en todo lo que existe podemos apreciar la permanencia de una dualidad, de una bipolaridad cuya tensión es el principio engendrador del cosmos. Esta tensión está dada por la presencia de dos fuerzas antagónicas que al separarse se complementan y al complementarse se separan: se trata del Yin y del Yang. La representación gráfica de estos dos principios energéticos es sumamente elocuente y visualmente aleccionadora. La superficie de un círculo está ocupada totalmente por dos figuras simétricas e invertidas que podrían ser consideradas la estilización plástica de dos peces. Donde el uno tiene la cabeza el otro coloca su cola. Donde uno se ensancha el otro afina su volumen y viceversa. Ambas figuras tienen colores distintos, negro y blanco. Además, en la figura negra un pequeño círculo blanco parece remedar un

ojo; en la figura blanca encontramos también ese mismo ojo sólo que de color negro. ¿Qué significa todo esto? ¿Se trata acaso de un simple simbolismo ritual o religioso? Creo que hay algo más. Supongamos que el área ocupada por la figura blanca representa lo masculino y la negra lo femenino. Los principios del Yin y el Yang en este caso habrán dado origen a la diferenciación genérica. El círculo es la especie humana; una mitad es el hombre, la otra la mujer. La mitad masculina no es ni mayor ni menor que la femenina; hay, pues, igualdad plena en cuanto a la extensión de ambas. Lo que significa que por lo que se refiere a su importancia energética el hombre no es más que la mujer ni la mujer más que el hombre. Sin embargo, hay una tensión que está representada por los dos colores distintos; la naturaleza de la energía es diferente y está uniformemente repartida. A su vez, la inversión de las dos figuras, su simetría en oposición apunta a la complementación de ambas fuerzas sin la que el tensionamiento de las polaridades haría estallar el conjunto. Por último, la imbricación de un modo de energía Yin con el otro Yang no es meramente externa o mecánica sino estructural e íntima. Recordemos que en cada forma que se divide el círculo hay otro círculo pequeño a modo de pupila que ostenta el color de la figura opuesta. Lo que interpreto como que el Yin tiene Yang y el Yang tiene Yin. Lo masculino posee una parte femenina; lo femenino posee una parte masculina. Nadie es todo mujer o todo hombre; tanto en lo físico como en lo psicológico y en lo mental el hombre tiene algo de mujer y la mujer algo de hombre. Es esto lo que permite que a pesar de la diferenciación se dé la unidad, lo que posibilita a pesar de la discrepancia y la tensión una comunicación que junta en lazo indestructible los dos polos.

Así pues, partiendo de este esquema taoísta, pienso que la mujer y el hombre constituyen una forma más de la diferenciación energética universal, diferenciación eficiente en la medida en que mantiene su equilibrio, en la medida en que



ambas fuerzas logran perpetuar la unión dentro de la polaridad y la interconexión en función de la diferencia. La energía masculina y la femenina son distintas cualitativamente aunque ninguna es superior a la otra; y estas cualidades tienen un carácter de permanencia aunque históricamente se modifiquen las formas como se actualizan en los hechos.

Empero, se preguntará el oyente, ¿a dónde quiere llegar el autor con tan abstruso razonamiento? Algo por demás sencillo: el principio masculino y el femenino no podrán jamás ser iguales ya que de terminar la tensión que los opone terminaría la vida, pero sí pueden perfectamente estar equilibrados. El machismo es un desequilibrio energético; las formas radicales de feminismo también lo son. Porque sucede que en el curso del devenir histórico a la diferenciación energética esencial de lo masculino y lo femenino se le ha ido añadiendo una gruesa costra de valores ideológicos deformadores que han terminado por oscurecer completamente la situación. El dominio patriarcal se ha construido en base a la fuerza, a la agresividad, a la depredación; tales valores "masculinos", han sido pues considerados positivos; y se hizo a la mujer depositaria de los antivalores complementarios/ Si a esto añadimos que los términos del lenguaje común, querrámoslo o no están teñidos con semejante carga ideológica, comprenderemos por qué resulta tremendamente difícil resituar el problema de manera que no produzca la irritación de unos o la deformadora interpretación de otros.. Por ejemplo, si se me ocurriera decir que lo duro es masculino y lo blando femenino no faltará la feminista que salte de su asiento ofendida para acusarme de machismo por sentenciar que las mujeres son "blandas", ni faltará tampoco el machista recalcitrante que se sentirá regocijado al escucharme creyendo que estoy defendiendo su "natural" e "indiscutible" supremacía. Pero resulta que para mí las cualidades de blando o duro no son ninguna superior a la otra; prefiero dormir sobre un blando colchón y no sobre una



dura tabla; en medio de un huracán preferiría ser un elástico junco y no una dura ceiba. Ahora, si de lo que se trata es de pelear a espada prefiero que me la den de duro acero y no de blanda goma. En fin, que hay que desideologizar el problema. La roca es dura, el agua es blanda pero yo no voy a prescindir de la una ni de la otra, porque entonces sencillamente eliminaría mi propia posibilidad de existencia al negar las condiciones mismas que hacen que la vida sea ese milagro cotidiano que el misterio ha convertido en realidad.

Aquí finaliza mi digresión. Dejando a un lado la metafísica retomo el tema del feminismo y la literatura donde antes lo hube de dejar.... Me da la impresión de que muchas feministas, por lo demás muy bien intencionadas, no han comprendido a cabalidad en dónde está el problema. Hallo que a fuerza de considerarse discriminadas (y conste que lo están) han levantado el estandarte de la igualdad sexual y genérica en términos que considero inaceptable. Su rebeldía a ratos por la tónica agresiva, violenta y chillona se parece mucho a la actitud machista que tanto critican. Creo que el feminismo debe evolucionar, pasar de la crisis de pubertad en que se encuentra a una etapa de mayor madurez y menos fanatismo signada no por la simple rebeldía frente al opresor viril, sino por la afirmación de aquellas cualidades esenciales de la mujer que hasta el presente el hombre ha querido desconocer, instrumentalizar o degradar.

Pero ¿qué sucede? La mujer está en una situación de desventaja. Se la ha enseñado a verse en el espejo del hombre; desde el lenguaje que habla hasta las más comunes rutinas de la cotidianidad, todo conspira para que se le dificulte el encuentro consigo misma. Y resulta que sin este conocimiento íntimo de su realidad, valor y dignidad como principio femenino de la vida, la mujer sabrá contra quién luchar, qué cosa destruir, pero no cómo ni con qué sustituir aquello que destruye.

La literatura es, entre otras cosas, una forma de conocimiento; sólo el que crea es capaz de descubrirse a sí mismo. Y la mujer que quiere dejar de ser el ente apéndice que hasta ahora ha sido tiene que empezar por detectar en el fondo de sí que la hace mujer para reconciliarse con esa parte fundamental de su persona; tiene que decelar qué valores le pertenecen y cuáles le han sido impuestos: tiene que vislumbrar en las escurridizas aguas de la fuente los luminosos rasgos de un evasivo rostro.

Sospecho que la literatura es un medio ideal para que este encuentro se produzca. Porque el fenómeno literario constituye una exploración global por los recónditos parajes de la intimidad. La mujer que desde una posición feminista hace literatura y la hace con verdad, sin ocultamiento, sin falsos ademanes, está contribuyendo a trillar los nuevos caminos que todos un día habremos de recorrer. En la creación literaria se despojará la mujer de los vestidos que ya no le acomodan y desnuda frente al espejo implacable de su propia conciencia se enfrentará al vacío, a la soledad, a los harapos de prejuicios que irán rodando por el suelo hasta que un día, cuando menos lo piense, dirá: ¡Caramba! esta soy yo y quiero ser así!

Restablecido el equilibrio gracias en parte a la labor de esas pioneras nosotros, los hombres, descubriremos cuánta felicidad hemos desperdiciado torpemente.